



# TRONÓ TANTO QUE... NO LLOVIÓ

Por Mariano Di Vito, OFM Cap.

Hemos archivado también el 21 de diciembre de 2012 de los Mayas, como la historia había archivado el año 1975 de los Testigos de Jehová y los "mil y no más mil" de hace diez siglos. Quizá ahora incluso los más sugestionables se convencerán finalmente que "En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mt 24,36) y todos comprenderán que es necesario mantener siempre una actitud de constante vela, porque no podemos saber el día que el Señor vendrá (cit. Mt 24,42). Nos disponemos, entonces, a iniciar un nuevo camino. La misericordia divina nos concede otros 365 días, que podrán representar otras muchas etapas para que nos acerquemos lo más posible a la perfección cristiana. En este 2013, en efecto, nuestro caminar tiene una marcha más: *El Año de la Fe* que coincidirá con casi todo el año solar. Los meses próximos constituirán una ocasión propicia para volver a descubrir la primera virtud teologal. Pero también la segunda, directamente unida a la primera, de la cual hoy la humanidad tiene una grande y urgente necesidad. En efecto la "esperanza, de hecho, es una palabra central de la fe bíblica – hasta tal punto que en diferentes pasos las palabras "fe" y "esperanza"

parecen intercambiables" (*Spe salvi*, 2). Los efectos de la crisis económica, que desgraciadamente continuarán a sembrar desempleo y pobreza, y la todavía peor crisis de valores, que se percibe en las noticias que cotidianamente asimilamos gracias a los medios informativos, comprometen la capacidad de mirar al futuro con optimismo y debilitar el entusiasmo de nuestro proceder. Éste no es ciertamente la actitud apropiada de quien quiere ser un verdadero cristiano. Nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, según el cual "La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad" (CCC, 1818). También nosotros, desde estas páginas, en 2013 intentaremos contribuir para alimentar la fe y la esperanza en nuestros lectores, haciendo filtrar entre las líneas de nuestros artículos la luz de estas dos virtudes y extendiendo el ámbito de los te-

mas de los problemas sociales que estamos viviendo en estos tiempos (falta de trabajo, quiebras de las empresas, aumento del costo de la vida, el emerger de nuevas pobreza), escarmentados por el santo pragmatismo con el cual un místico y hombre de oración, como el Padre Pío, ha sabido observar y solucionar situaciones análogas en otro periodo crítico de nuestra historia. Son testigos no sólo la Casa Alivio del Sufriamiento sino también la institución de un centro de educación profesional que el Santo sugirió que se realizase en San Giovanni Rotondo cuando se dio cuenta que algunos jóvenes en paro estaban obligados a pedir limosna a los peregrinos delante del convento. Hago mía, al final de esta reflexión, la exhortación que el Padre Pío dirigía a una hija espiritual y que hoy ha de sentirla directa cada uno de sus devotos: "Cree y espera; con la fe y con la esperanza te armarás para sostener la lucha a la cual te compromete la divina bondad del celeste Padre. Con la fe y con la esperanza no te faltará el dulce nectar del amor, el cual te une cada vez más al Sumo Bien" (*Epist. III*, p. 323). Éste es el augurio que dirijo a cada uno de vosotros para el año nuevo. ❖